

## Querer a los alumnos

Publicado en *Vanguardia Educativa* (Monterrey, México), nº 15, 2014

**María Rosa Espot y Jaime Nubiola**

Según el informe PISA (*Programme for International Student Assessment*), invirtiendo más dinero en educación no se consigue necesariamente el éxito. Los datos PISA muestran que el gasto por alumno no guarda relación directa con la prestigiosa clasificación de este programa internacional de evaluación de estudiantes. Ni el número de alumnos por profesor, ni el número de horas de clase que tienen los alumnos son determinantes para la calidad de la enseñanza. En este sentido, el dinero no parece que sea decisivo para lograr la excelencia en las aulas. ¿Dónde está pues la clave? Sin lugar a dudas —afirman los expertos— la clave está en los profesores.

¿Qué hacen los mejores profesores?, ¿cómo son?, ¿qué métodos utilizan? Lo primero que se espera de un profesor es que domine la materia que imparte y sepa transmitir sus conocimientos. Desde luego esto es fundamental, pero no es suficiente. Un buen profesor (altamente competente) es también un profesor bueno (generoso con su saber, su tiempo, su escucha atenta a sus alumnos). Los mejores profesores quieren a sus alumnos y no les importa que se note.

“El mejor método educativo es querer a los alumnos, hablar bien de ellos, esperar algo de ellos”, son palabras pronunciadas por Ángel Gabilondo —ministro de educación español entre 2009 y 2011— durante su intervención en una conferencia organizada por la Escuela de Formación ‘Tomás y Valiente’ el pasado mes de mayo. No cabe duda alguna de que el afecto del profesor a los alumnos tiene una repercusión grande en el éxito o el fracaso escolar.

Los mejores profesores, los muy efectivos —afirma Ken Bain, autor del magnífico libro *Lo que hacen los mejores profesores universitarios*— “sobre todo, tienden a tratar a sus estudiantes con lo que sencillamente podría calificarse como mera amabilidad”. Con amabilidad que es afectuosidad. Los buenos profesores, los mejores, son afectuosos con sus alumnos.

Un buen profesor sabe gestionar el talento de sus alumnos. Propone más que impone, observa, dosifica, conoce el tiempo que el alumno necesita y espera pacientemente. Sabe *dejar hacer* y *desaparecer*. Un buen profesor convence, persuade e ilumina porque ama.

## Qué significa querer a los alumnos

Querer a los alumnos es lo que en último término da sentido al servicio que supone la profesión docente. Por eso, para educar es imprescindible querer al alumno, sin buscar recompensas afectivas, sin buscar el beneficio propio y sin olvidar que la profesión docente requiere dar más que recibir. Sin ir más lejos, una de las vías por las que el profesor educa a sus alumnos y no solo instruye en unos conocimientos, es a través de su capacidad de amor y de diálogo con ellos. Cualidades ambas —naturales o

adquiridas— que el alumno admira y a través de ellas puede aprender cosas más valiosas que los contenidos de un buen libro de texto.

Querer a los alumnos significa saber decirles cordialmente la verdad, invitarles a pensar por su cuenta y riesgo, a vivir su vida de estreno, a ganar independencia de la mirada de los demás, a aceptar abiertamente sus debilidades y sus carencias, a ensanchar su libertad interior y exterior, a volcarse en servicio de los demás. Querer a los alumnos significa también estar dispuesto a corregirles y saber hacerlo siempre con afecto y responsabilidad. Sin miedo al rechazo afectivo del alumno. Lo que mueve al buen profesor a corregir a sus alumnos es el amor, es decir, el dar, no el recibir. La poca preocupación por corregir no es más que un desentenderse de la mejora personal de sus alumnos. Es muestra de poca estima hacia ellos.

El profesor tiene que *saber querer*, pero además tiene que *enseñar a querer*. Enseñar a querer no tanto con discursos o sermones sobre el amor, sino con la propia vida, día tras día, sabiendo aceptar a cada persona como es y queriéndola tal como es. En este sentido, podríamos decir que a querer no se puede enseñar, solo se puede aprender.

### **Percibir el afecto del profesor**

El afecto del profesor debe hacerse manifiesto en sus obras. De hecho, es indispensable no solo querer al alumno, sino que además el alumno pueda percibirlo, puesto que las verdaderas manifestaciones de la estima del profesor le darán la seguridad y confianza que precisa en su aprendizaje y crecimiento personal. La manifestación del afecto del profesor, por supuesto, dependerá siempre de la edad y las características de los alumnos. En cualquier caso *querer* de verdad conlleva darse generosamente y exigir, pero exigir con afecto y sin buscar recompensas afectivas, reconocimientos banales o servilismos de ninguna clase que siempre son indignos.

A veces los profesores no sabemos, o quizá nos cuesta un poco, manifestar nuestro afecto a los alumnos tal como ellos lo necesitan. Lo que queremos decir es que una cosa es *ser querido*, y otra muy distinta es *sentirse querido*. El deseo de sentirse querido está presente a lo largo de toda la vida de una persona y de un modo más acusado cuando se es joven. Obviamente nuestros alumnos no son una excepción. Nuestros alumnos necesitan sentirse queridos. También por los profesores. Nos lo dicen continuamente con su modo de vestir, de hablar, de comportarse. Los profesores tenemos que esforzarnos para que ellos —los alumnos— puedan percibir nuestro afecto. Tienen que estar convencidos de que les queremos y además de un modo incondicional. Es más, el alumno debe sentir que aunque el profesor desaprobe alguna vez su modo de proceder, éste —el profesor— seguirá estimándolo.

Estar accesible a los alumnos, escucharles con atención, sonreírles, estimularles con las palabras acertadas, saber darles segundas y más oportunidades, tratarles con respeto, y ser muy delicado —aunque claro— en las observaciones que el profesor hace a sus alumnos, son formas de servir a los alumnos y de manifestar el afecto hacia ellos.

La manifestación del afecto del profesor a sus alumnos en modo alguno está reñida con la exigencia cordial, argumentada. El afecto del profesor tiene que estar siempre presente en su quehacer educativo: para educar es imprescindible querer al educando.

---

**María Rosa Espot** (Barcelona) es Licenciada en Ciencias Biológicas por la Universidad Autónoma de Barcelona y Doctora en Humanidades por la Universitat Internacional de Catalunya. Desde 1978 es Profesora en el Colegio La Vall de Bellaterra (Barcelona). Es autora de los libros *La autoridad del profesor. Qué es la autoridad y cómo se adquiere* (2006) y en colaboración con J. Nubiola, *Aprender a divertirse* (2011). **Contacto:** [mrespot.lavall@institutio.org](mailto:mrespot.lavall@institutio.org)

**Jaime Nubiola** (Barcelona, 1953) es Profesor de Filosofía en la Universidad de Navarra, España. Entre sus libros se cuentan *El taller de la filosofía*, *Pensar en libertad*, *Invitación a pensar* y en colaboración con F. Zalamea, *Peirce y el mundo hispánico*. Es director de la revista *Anuario Filosófico* y director del *Grupo de Estudios Peirceanos*. **Contacto:** [jnubiola@unav.es](mailto:jnubiola@unav.es)